

**CENTENARIO DEL NATALICIO DE DON MIGUEL
ANTONIO CARO**

**Sesión solemne de las Academias de la Lengua y de Ciencias Políticas y Sociales y de la Sociedad Bolivariana.—
Discurso del Doctor J. M. Núñez Ponte.**

Asocióse nuestra Academia a la conmemoración del Centenario del Nacimiento de Don Miguel Antonio Caro, figura de las más esclarecidas de Colombia y singularmente venerada en Venezuela por su fervoroso culto a la gloria del Libertador y su noble empeño por el armonioso arreglo de nuestro litigio fronterizo.

Para conmemorar aquella efemérides de uno de los más gallardos hijos de Hispano-América, la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, la de la Lengua y la Sociedad Bolivariana de Venezuela, celebraron sesión solemne, que fué presidida por el ciudadano Ministro de Educación Pública, el Excmo. Señor Embajador de Colombia y los Directores de las mencionadas Instituciones. Llevó la palabra en nombre de ellas el ilustre humanista Doctor José Manuel Núñez Ponte, Director de la Academia de la Lengua, quien hizo en hondo y emocionado análisis el elogio de aquella vida que llena más de una gloriosa etapa de la alta cultura de nuestra América. Como estilista, como estudioso de diversos y eruditos temas, como varón de eximias virtudes, como estadista de generosas y enérgicas actitudes, Caro es representativo de la raza y de su civilización.

De seguidas, insertamos el memorable discurso que en aquella gratísima fecha al sentimiento venezolanista, pronunció el notable orador y educador de generaciones Doctor Núñez Ponte:

Asistimos a una muy agradable evocación, fausta y férvida evocación de virtudes y de sabiduría por calidad suprema conjuntas en un varón admirable, cuya clarísima vida y hazañas fueron no sólo orgullo de su patria, sino también prez gloriosa del continente americano entero. La figura de Don Miguel Antonio Caro cuán egregia en sus días, se agiganta enormemente al través de los años: aquél que era de quienes permanecen siempre idénticos a sí mismos, siempre unos en el vértice de la conciencia, inflexibles en la guarda del deber y del honor, sin alterarse en el tiempo adverso ni mudarse en el próspero, parécenos hoy, ante el fúlgido espíritu trascendente de sus obras, como si fortificara el yunque de su recia voluntad, como si acreciera más y más el vigor proverbial de su pensar robusto, como si relumbrara aún el claror espléndido de su potente ingenio, a la manera de un sol en el cenit de la gloria. Hoy nos es dado acreditar el sentido y significación de aquellas elocuentísimas frases dichas frente a su cuerpo yacente por el enardecido vate y orador Guillermo Valencia, que acaso llevara en la memoria la de Cicerón, *videbatur mori non debuisse*: “Es increíble que esa urna encierre tanta historia patria, oculte tanta gloria, vele tanta virtud, recate tanta ciencia, selle tantas esperanzas!”. Hoy podemos repetir a sabor y regocijo aquellas síntesis magníficas con que plumas bien tajadas, no todas amigas, trazaban la esbelta estatura intelectual y literaria, cívica y moral, del repúblico eminente: “el cerebro mejor organizado del País”; —“el literato más completo que ha tenido Colombia”;—“cultivador admirable de la filosofía de la historia, de sabiduría pasmosa”;—“fuerte columna del edificio político”; — “el hombre civil más ilustre desde los días de Nariño”;—“la primera ilustración y la primera virtud nacional”;—

“en la pluma soberano
y en las virtudes modelo”;—

“un grande hombre, un gran colombiano, un genio nacional, un americano enorme, un latino gloriosísimo, un hombre verdaderamente mundial”.

La Academia Venezolana correspondiente de la Real Española, la Academia de Ciencias Políticas y Sociales y la Sociedad Bolivariana de Venezuela, se han dado las manos para celebrar en concierto de paz, de cariño y de fraternidad el centenario ocurrente hoy del natalicio del sapientísimo letrado y filólogo, del sociólogo y estadista insigne, del bolivariano esclarecido e integérrimo. En la presente hora de cristiana renovación, de estrecho arrimo intercontinental, de felicísimo resurgimiento y comprensión de los ideales del Libertador, es de interés ofrecer al estudio y amor de los jóvenes en instante ejemplario el recuerdo de las excelsas personalidades representativas de la virtud, del saber y la grandeza de América, para que vean cómo en el haber común ella posee valores muy apreciables que han contribuído a su vida, a su cultura, a su progreso e inmortalidad.

No cabe ciertamente dentro los breves términos de un discurso encarecer tamaña auréola cual la luminosa que nimba la gallarda actitud espiritual de Don Miguel Antonio Caro. Sin embargo, el pobre que hace de orador, con no olvidar el famoso dicho de Marcial: “gran cosa es saber callar”, siquier fuérale en grado, tenido está a hablar, so pena de dejar frustrados los cálidos votos de las tres instituciones que tan lisonjeramente le han deferido el honorífico encargo de hacer las veces suyas en la debida alabanza; y en particular los de la Academia de la Lengua, que se vale de la fecha para colocar en su salón este retrato, obsequio de su carísimo y activo secretario, y aspira a ofrendar su parte en el acto a su mérita hermana la Academia de Colombia, de que fué el señor Caro fundador y muy calificado Director.

En vista de lo cual, habréis de permitir al desgaire de mi palabra ya cascada bosquejar sendos perfiles o apenas siluetas del inclito literato y filósofo, del valiente luchador y tribuno, del firme y ejemplar carácter, del ingenuo y constante amigo de Venezuela. Acójase mi buen deseo de complacer tanto a la modestia y valimiento patrocinador de Caro, como a la benevolencia de la escogida asamblea que se digna estar pendiente de mis labios.

*

Refiriéndose al alcance universal de las Letras, a su predominio suave pero omnímodo en medio de las sociedades, a la elevación y privanza espiritual que logra quien las cultiva, al alivio y solaz por ellas producido en el ánimo noble y generoso. *animi remissionem humanissimam ac liberalissimam*, decía Cecilio Acosta en su óptimo discurso académico: "Las Letras lo son todo... en la amargura de la vida, miel; en la vida de los pueblos, aliento; en el espíritu, cultura; en los anales del género humano, la única página sin mancha; en la corriente de los siglos, el único bajel que no hace estadía ni naufraga".

Período tan hermoso nos sirve a ponderar la augusta índole e influencia de las Letras, y juntamente el oficio cumbre de quienes a ellas se consagran, a los cuales, porque atraen la juventud a la admiración de la belleza, al gusto por el bien y al amor de la verdad, —función cuasi divina—. llamaron santos los antiguos, como quiera parecerían mensajeros de algún numen celeste y encargados por los dioses de tal función en favor de la humanidad. Así, yo os invito a reconocer las dotes de este letrado venerando cuanto eximio y a tributarle el elogio de que es acreedor, pues en todas circunstancias dió muestras no sólo de eruditísimo por el ingenio y las letras, sino de juicio recto, inquebrantable, y de extraordinaria virtud. **Sit sanctum apud vos, humanissimos homines, hoc Poetae nomen!**

Yo no tendría más que citar el catálogo de sus obras y escritos, llenos de novedad, impregnados de donosura, que

le granjearon muy extenso renombre y amplia popularidad. Obras en cuyo fondo se descubre al pensador honesto y profundo, magistral, diáfano, de talento lúcido, de capacidad maravillosa, con un caudal de conocimientos nada común; al asiduo devoto de la madre filosofía y de la filosofía de la historia; agudo, avisado y sagaz para la crítica constructiva; controversista noble, de lógica irresistible e insospechados recursos. En la forma, es el sesudo maestro del lenguaje, para quien la lengua es la patria y el empeñoso estudio de ella la observancia de un deber moral, porque lengua que decae denota pueblo que en la misma proporción se aminora. Por eso, como anduviese sobre las huellas claras de Bello, consideraba la conservación pura del castellano en la América. —lo ha dicho Don Marco Fidel Suárez—, como augurio y prenda de futura grandeza para nuestra gran comunidad de naciones; y veía en Cervantes el centro refulgente de ese organismo étnico y literario que debe ser para la gente hispana lo que es Shakespeare para la inglesa y Dante para Italia. En el estilo entero, era un dechado cabal, cuyos caracteres acopió de las viejas normas de Roma y de los perfectos modelos de Castilla, normas y modelos de que nos hemos extraviado, —dice él mismo—, al desechar las verdaderas fuentes de enriquecimiento para nuestro idioma, el latín y los clásicos españoles. Y luego, atento a que la verdad es, digamos, el oxígeno de la inteligencia, la de Caro ni aspiraba ni despedía de sí sustancia diferente de la verdad. No otra explicación tiene el aplauso unánime que le seguía; y ello constituye el principal honor y prestigio de su pluma, a la vez que el escudo más poderoso de su autorizado verbo.

En el rudo momento histórico por que atraviesa el mundo, urge subrayar esa nota de sujeción incondicional a la verdad, asaz característica del señor Caro. Por dondequiera obsérvase cierto linaje de miedo para nombrar al error, error; y de ahí que feamente se promiscue el error con la verdad, pretendiéndose otorgar fueros pares al uno y a la

otra. Es éste uno de los orígenes de la revuelta tan espantosa en que la humanidad se está debatiendo. Existen escritores, existen periodistas, existen hasta maestros, los “malhechores intelectuales”, que decía Guizot, quienes con semejante mezcolanza de certezas y mentiras, de vicios y virtudes, se figuran poder orientar inteligencias tiernas que constituyan luego una sociedad fecunda y hagan honor a un País. No, la verdad no es sino una, y “nada hay más seguro que la luz”, al decir de Malebranche. Esa mala, esa torcida dirección que daña a la par a la fe, a la moral, a la filosofía, a la estética, que extravía corazones, voluntades, mentes y gustos, es a todas luces un crimen, acarrea la esterilidad de la razón, el colapso, la parálisis del escepticismo, criador a la larga de generaciones mortecinas, arruinadas en una incredulidad insensata o en una vergonzosa ignorancia. Ya lo dijo Boileau:

“L'esprit se sent toujours des bassesses du coeur”.

Y del propio modo que en el orden físico, —me valgo del pensamiento de otro maestro francés—, el voto de la naturaleza tiende a que el viviente transmisor de la vida la transmita incorrupta y fuerte, así el día en que intelectualmente nos sentimos capaces de difundir la vida que llevamos dentro, estamos obligados bajo la más grave responsabilidad a no derramar, a no propagar sino una vida sana, vigorosa, plena, lo que vale decir: ideas justas, ideas fuertes, ideas firmes, tranquilizadoras y seguras. “La juventud, —decía el presidente Avila Camacho ante el Congreso Continental de la Juventud por la Victoria, reunido hace pocas semanas en la capital de México—; la juventud debe completar una cultura limpia de escepticismos y de prejuicios, exenta de todo pretexto funesto de injusticia o sectarismo, para que haga de América, esperanza feliz de la humanidad, un hemisferio espiritualmente más homogéneo”.

El señor Caro, a no ser por la modestia de su sabiduría, hubiera podido enorgullecerse, hacer alarde de su conducta cuán ajustada al deber. Sus trabajos, aun los de menor ca-

libre, se podrían calificar como la música de Mozart: todos son buenos; son la expresión completa de su pensamiento; el derramamiento vívido e integral de su alma; gajes de una ilustración inmensa, de un estilo selecto y atractivo, de una caridad humanísima, de una soberbia alteza espiritual, de un patriotismo inconfundible, de una honda y arraigada fe cristiana. Sea cual fuere el aspecto por donde le consideremos, hallámoslo siempre el mismo, en la cima de su función social, en el lugar primero de sus filas. Como sabio polígrafo, como orador y tribuno, como maestro y latinista, como luchador esforzado por su patria, como carácter viril típico, como político y presidente de la Nación, en todas partes va y procede por parejo: con igual probidad, con igual conciencia, con igual solicitud, con igual amor, con igual brillo. Es el hombre de la línea recta, y con eso y todo no deja de sentir con Bolívar: "El arte de gobernar está más en ceder que en perseguir. No hay desdoro en atender a la opinión, y hay deber de ceder a la justicia". Es el hombre que, reconocido y acatado por amigos y rivales, habría podido decirles a todos, parodiando a un emperador romano: "Me enorgullecen vuestros testimonios porque tenéis justicia y valor para censurarme." Y cuando desciende de la altura, limpio de manos, frente subida, corazón acendrado, es todavía el hombre de todos, a quien reciben entusiasmados con respeto, cariño y gratitud mil brazos, amplexos de almas que han sentido sus cuidados providentes.

✱

Por temor de hacerme demasiado largo, solamente mencionaré algunos de sus múltiples diversísimos trabajos, tales como Estudios sobre el principio de utilidad, Libertad de imprenta, Los enormes sueldos, Apuntes sobre crédito, deuda pública y papel moneda, sus Mensajes al Congreso, acervo copiosísimo de ciencia política engastado en joyas de opulencias académicas.—Sus Notas a la Ortología y Métrica de Bello, la sapientísima disertación que es el Tratado del Participio, la Aliteración como elegancia métrica, el Ameri-

canismo en el lenguaje, el Uso en sus relaciones con el lenguaje, algunos de los cuales encierran opiniones filológicas harto atinadas, tan agudas y precisas que los han hecho apellidar evangelios de la lengua.—El Quijote, en que considera la invención de Cervantes, el libro más genuinamente español, como un poema *sui generis*, cuya trama original viene de acuerdo con el pueblo más original del universo.—La traducción de Virgilio, tenida por Menéndez Pelayo como la más excelente versión, merced a la fidelidad con que traslada tantas bellezas, tan abundada de castizo donaire, y cuyo estudio preliminar es toda una estupenda Monografía acerca del Poeta de Mantua.

Finalmente, este preclaro varón, cuyo natalicio festejamos, fué amigo de Venezuela y cantó y defendió a nuestros hombres. En uno de sus discursos, hablando de las Atenas de América, señala a nuestra fecunda Caracas y dice: "**Magna parens virum**, que con el nombre de Bello oscurece constelaciones de nombres gloriosos"; y asimismo recuerda el dicho del académico español: "Quien quiera oír buen castellano, vaya y hable con Baralt." En sus páginas reluce y menudea el proficuo resplandor de la procerca autoridad de Bello, que ostenta el primado del habla, para cuya prestan-te labor el señor Caro no economiza loas. Se escribe con Cecilio Acosta y lo encomia en verso y en prosa. Aquéllos de vosotros que no los conozcáis, leeréis sus conceptos acerca de nuestro gran Cecilio en la Revista de la Sociedad Bolivariana.

Quiero recalcar aparte su simpática intervención en la polémica suscitada al aparecer los Perfiles Venezolanos, de mi inolvidable y dilectísimo maestro Don Felipe Tejera. Bajo el mote: "Tejera y sus censores", dió a la luz el señor Caro en Bogotá una serie de artículos notabilísimos para aplaudir el tono patriótico y encomiástico, la buena doctrina, la propiedad y exactitud de los juicios del libro, aunque ligero en la forma literaria, escrito con imparcial y sosegado espíritu, exento de toda hiel. La estética, la moralidad

literaria, el amor a las Letras, fulgen en dichos artículos ante las críticas estériles por desapoderadas y pedantescas tan viejas en nuestras tierras; y un deseo patriótico clama en ellos por la inepta dirección que se ha solido imprimir en estas repúblicas a las disciplinas literarias. Con razón el fino maestro Tejera se ufanaba de aquella defensa que autoridad tan elevada y consciente hacía de sus indiscutibles méritos.

¿Y qué decir de Bolívar? Indudablemente el señor Caro fué desde su juventud de los más entusiastas en reparar la memoria y exaltar la obra y doctrina del Libertador: "Más que caballero de la Edad Media parece semidiós de la fábula... Bolívar fué siempre grande... y no sólo fué siempre grande, Bolívar fué único". ¿Quién no ha experimentado emoción profunda de religiosa e infinita tristeza al leer la brillante elegía u Oda Heroica a la Estatua de Bolívar de Tenerani, tan celebrada por Menéndez Pelayo y Valera, que acaso vale más, mucho más que el monumento mismo y a la que cuadra tan bien el *aere perennius* de Horacio?

**"Libertador, delante
de esa efigie de bronce nadie pudo
pasar sin que a otra esfera se levante,
y te llore y te cante,
con pasmo religioso en himno mudo!"**

Amante de Bolívar, era natural que quien en su Himno del latino, premiado en Montpellier, cantó

**"Ampare la diestra divina
de pueblos hermanos la unión",**

no tuviese conceptos favorables para la disolución de la Gran Colombia y sus secuelas: "La disolución de Colombia es como la ruina del sagrado Ilión; el desencanto de nuestra historia, que de fabulosa se torna prosaica... La gallardía de los días heroicos se oscurece, la elocuencia queda muda. El partido colombiano desaparece de la escena, postergados y dispersos sus hombres... Satélites de satélites salen a figurar en los primeros puestos; aun los hombres distingui-

dos de la edad anterior, al volver a tomar parte en la política aparecen como sobrevivientes empequeñecidos... El vapor de la sangre deslustra el brillo de las glorias militares...”

Quisiera yo aprovechar este momento solemnísimos para juntar en un haz resplandeciente los nombres de Bello, de Cuervo y de Caro, los modernos personificadores del idioma, que fueron el idioma mismo, para recordar el centenario de la Gramática, de nuestra Gramática por excelencia, el cual sabéis se cumple en 1947. Ojalá para ese año se pudiera convocar el ansiado Congreso de la Lengua, tan oportuno ya en vista del rápido incremento que ésta va tomando en la cultura general del Continente. Propongo a la Academia Venezolana se apropie la iniciativa en este feliz asunto, para cuyo desenvolvimiento y suceso de seguro podrá confiar en el apoyo de sus hermanas y de muchas otras sabias instituciones culturales.

*

Señores: la tarea del señor Caro presenta puntos de contacto con la de Andrés Bello, comparada por él con la de Alberto Lista en España. Es obra de apóstoles, y como tal, de abnegación y sacrificios,

**“que nadie sin afán y ardua porfía
supo arrancar las palmas de la gloria.”**

El nombre de Don Miguel Antonio Caro no será borrado por la esponja del tiempo, antes su recuerdo vibrará por siempre en tanta página diamantina como brotó de su cerebro todo luz.